

tria y condensándose la tormenta fatal que tan bien merecida tenía por su incapacidad, egoísmo y sandez. Véase lo que escribió entonces el príncipe Eugenio el emperador. «La mayoría de la tropa está desnuda y sin un maravedí; los oficiales se encuentran pobres como mendigos. Muchos sucumben á impulsos del hambre y de las privaciones; los enfermos mueren por falta de cuidado. En ninguna plaza fuerte hay provisiones de guerra, ni siquiera lo mas necesario para sostenerse un par de días.»

En 1.º de enero de 1704 tomó Maximiliano Manuel la ciudad fuerte de Passau, llave del Austria propiamente dicha, la cual le abrió el país que estaba poco menos que indefenso. Las avanzadas de caballería bávara llegaban hasta cerca de Linz. Al otro lado de Viena, en Hungría, mandaba el príncipe Rakoczy como dueño y soberano, reconocido por toda la población que decía que la casa de Austria había perdido sus derechos sobre la Hungría con su despotismo. Las tropas de los sublevados se habían engrosado con otras regulares que se les habían unido desde Polonia á instigación de Luis XIV; y el conde Palfy, jefe de las tropas austriacas, á duras penas podía sostenerse á la defensiva en Presburgo. El resto del país estaba en poder de los sublevados, y destacamentos de húsares magyares devastaban y saqueaban ya las provincias limítrofes, la Baja Austria y la Moravia. En una palabra, la casa de Habsburgo se encontraba en una posición tan desesperada como en el verano de 1683; solo faltaba que los húngaros y las tropas franco-bávaras operasen su reunión al pié de las murallas de Viena para acabar con la familia de los Habsburgos en su misma capital, como parecía ya indudable á fines de 1703 y á principios de 1704. La desaparición del Austria del mapa de Europa parecía entonces que iba á ser la solución inevitable de la gigantesca guerra inaugurada por Leopoldo I con su campaña de Italia, y por Guillermo III con la formación de la «grande alianza» contra la monarquía universal de Luis XIV. A pesar de toda la resistencia, oposición y riesgos, el rey de Francia podía tener esperanza de ver todavía antes de morir, realizado el proyecto de toda su vida; porque aunque había perdido en esta campaña algunas plazas fuertes á orillas del Mosa y del Rin, ¿qué significaba esto contra la adquisición de toda la monarquía española y contra el hecho de haber expulsado y exterminado la casa de Habsburgo de Alemania y Hungría? Una vez logrado esto, los Borbones habrían gobernado tan soberana y absolutamente en Alemania, en los Países Bajos y en Holanda, como en Francia y en España. Jamás estuvo Luis XIV tan cerca de ver realizados sus deseos como en aquellos meses últimos de 1703 y primeros de 1704. La solemne incapacidad del emperador y de sus consejeros habían sido los mejores auxiliares del rey de Francia.

En tan fatal momento, decidióse Leopoldo I á confiar al príncipe Eugenio, á pesar del odio que su talento le inspiraba, una especie de dictadura.

CAPITULO III

EL PRÍNCIPE EUGENIO Y MARLBOROUGH

El Austria se salvó de tan desesperada situación; pero no por su fuerza ni por méritos propios, sino por los de un extranjero, el príncipe Eugenio de la casa de Saboya, que teniendo exclusivamente por objeto el bien de la monarquía austriaca, lo sacrificó todo á este supremo interés y no des cansó hasta lograr un cambio completo del personal en todos los ramos de la administración y del gobierno. Arrancó del devotísimo y fanático emperador Leopoldo el permiso de confiscar los tesoros de todas las iglesias de sus Estados he-

reditarios para reorganizar, pertrechar y mantener el ejército, completamente abandonado y desorganizado. Mucho ocultó el clero; pero lo que le arrancó Eugenio en objetos y alhajas valió muchos millones, de los cuales no dió un maravedí á la corte para que lo empleara en sus monótonas y necias pompas, ni tampoco dejó caer ninguno en las innumerables manos que los codiciosos empleados de la administración antigua alargaron. Todo fué empleado en las necesidades del ejército.

Con mirada penetrante había visto Eugenio que el enemigo mas temible, de cuyo aniquilamiento dependía todo lo demás, era el bávaro con sus auxiliares franceses. Fuera de su país no eran los húngaros un factor de importancia con su caballería irregular; Vandoma, en Italia, distaba mas de cien leguas del centro de la monarquía; pero Maximiliano Manuel y Marsin á espaldas del ejército alemán, con sus primeras filas ya en territorio austriaco, su ala derecha apoyada en Kufstein, y la izquierda en Passau, amenazaban ya penetrar en cualquier momento en el corazón del Austria.

La cualidad mas característica é indispensable de los grandes capitanes y hombres de Estado es acertar á proponer un fin, una meta, y sacrificar á este objeto principal todas las consideraciones secundarias. Esta cualidad poseía el príncipe Eugenio como el primero. Era vergonzoso soportar los mofas y el descaro de los húngaros rebeldes sin castigarlos; era grandísimo el peligro y por demás aflictiva la situación en que se hallaban Victor Amadeo II y el general Starhemberg allá en el Piamonte; pero era preferible sacrificar todos estos intereses á dejar engreirse y campar en el corazón del país al elector de Baviera y á Marsin. El eminente general Heister, que mandaba en Hungría, recibió los auxilios mas precisos, solo para sostenerse contra los rebeldes; y en socorro indirecto del duque de Saboya y de Starhemberg solo se destacó un cuerpo reducido de tropas al Tirol meridional.

A pesar de economizar así las fuerzas disponibles, las de Eugenio y las del margrave Luis de Baden combinadas no podían medirse con las bávaras francesas, que reforzadas con el ejército de Tallard, componían un total de 120,000 combatientes, mientras las de aquellos apenas llegaban juntas á 80,000. En tales condiciones no había medio de pensar en provocar la lucha decisiva; pero Eugenio reconociéndola como cuestión vital entró en el curso del invierno en negociaciones con Marlborough para determinarle á acudir á su socorro desde los Países Bajos y aniquilar entre ambos al elector de Baviera, diciéndole que mientras el Austria tuviera esta mortal espina clavada en su cuerpo no podía operar con energía y esperanza de éxito contra el enemigo general, la Francia.

Lo acertado y lo grande de este plan impresionaron vivamente á Marlborough, que además estaba deseoso de salir del angosto círculo de las fortalezas belgas, para ganar los lauros que allí no podía, sacar á la coalición del atolladero en que estaba, y librarse al mismo tiempo de las envidias y odios mezquinos de los holandeses. Aceptó, pues, el plan del príncipe Eugenio y desde aquel momento dedicóse á su realización con toda la férrea energía y fría seguridad que le caracterizaban.

Con esto realizóse la acción simultánea y cooperativa de estos dos famosos é ínclitos capitanes, que debía decidir la suerte de la guerra en favor de la gran liga germánica contra la preponderancia tiránica francesa. Como antes Guillermo III de Orange, y antes de éste, aunque en un círculo mas modesto, Federico Guillermo de Brandeburgo, eran entonces Marlborough y Eugenio las firmísimas rocas contra las cuales debían quebrarse impotentes y deshacerse en vana

espuma las olas roedoras é incesantemente renovadas del dominio francés. Eugenio y Marlborough, mejores generales que aquellos sus dos predecesores, supieron con talento sumo encauzar en estrechos límites la mar desbordada y enfurecida de las fuerzas contrarias, para luego dominarla mejor.

Poco costó obtener la aprobación del gobierno inglés para el plan del príncipe Eugenio, máxime estando ya bajo la influencia de Marlborough, y deseoso además de dar una dirección mas racional y uniforme á las operaciones parciales sin plan ni energía ni lazo comun de la coalición. Faltaba decidir en favor del proyecto á los Estados Generales de Holanda que hasta entonces habían hecho mas que nadie en favor de la coalición, contribuyendo á ella con obras y sacrificios y no con vanas palabras, porque tan reducido territorio mantenía sobre las armas en 1704 nada menos que 160,000 soldados, cuyo sueldo subía á la entonces increíble suma de 26 millones de florines anuales, sin contar la escuadra imponente y los muchos millones que pagaba por subsidios. Con tales sacrificios es muy excusable que la república insistiera en asegurar y defender antes que todo sus propias fronteras é intereses; que mirara con justo desprecio al emperador de Austria y al imperio alemán, masas tan grandes como torpes, indolentes é insensibles; y que pensara: «tanto peor para ellos si no saben ó no quieren defenderse. ¿Era justo y racional que la pequeña república holandesa se encargara de salvar tan dilatado imperio?» La seguridad de su patria, las mayores ventajas de su comercio y la adquisición de una barrera en Bélgica, eran los únicos objetos racionales por los cuales intentaban luchar los holandeses. Es natural que con tales disposiciones no se atreviera Marlborough á comunicarles nada del vasto plan del príncipe Eugenio y de su proyecto de cooperar á él; por lo cual se limitó á hablarles de una diversion que tenía ganas de ejecutar hácia la cuenca del Mosela, empresa que fácilmente podía presentarse como inmediatamente ventajosa para los Países Bajos. A pesar de esto costó á Marlborough grandísimo trabajo y negociaciones personales en la primavera de 1704 antes de lograr el consentimiento de la república para su empresa.

Conseguido este permiso reduciase el problema para el margrave Luis de Baden y el príncipe Eugenio á sostenerse firmes hasta mediados de junio, que era la época en que Marlborough debía llegar al Alto Rin. Por fortuna suya los generales franceses que tenían en frente no tenían ya el genio resuelto y decidido de los de otros tiempos; esta vez eran caballeros cómodos y previsores, enemigos de fatigas excesivas y de exponer su vida y reposo sin gran necesidad. Hasta mediados de mayo no empezó Tallard á llevar nuevos refuerzos al mariscal Marsin, evitando á la ida y á la vuelta por medio de un rodeo el encontrarse frente á frente de las líneas atrincheradas del margrave Luis y de la fortaleza de Friburgo. A esto se redujeron las operaciones de las huestes bávaro-francesas, tan superiores á las imperiales en todos conceptos. Al propio tiempo habíase reunido Eugenio con el margrave de Baden en el campo fortificado de este cerca de Ethingen en Suabia, y se había puesto en camino Marlborough en dirección del Mosela. Al llegar cerca de Coblenza, cambió repentinamente de itinerario, atravesó con su ejército el Rin y se dirigió á marchas forzadas por la orilla derecha al Neckar dejando con la boca abierta á holandeses y franceses. Cerca de Grossheppach reuniéronse los tres caudillos aliados, el margrave, que era el de mas edad en el ocaso de su gloria; Eugenio, el mas jóven y mas famoso de los tres, y Marlborough destinado á exceder á ambos en gloria militar. Eugenio, noble y modesto, y como siempre dispuesto á sacrificarse por el buen éxito de sus empresas cuando se trataba

de actos patrióticos, se encargó de la parte mas ingrata, es decir, de la defensa de las líneas atrincheradas de Buehl, mientras el margrave y Marlborough con 52,000 hombres iban á atacar á los bávaros y franceses del elector y de Marsin, que reunidos contaban 63,000 combatientes. Ambos convinieron en que cada uno tendría alternativamente el mando en jefe, un día Luis de Baden, y otro Marlborough. El elector de Baviera había encargado al conde de Arco la defensa del paso del Danubio poniendo á su disposición 10,000 hombres de tropa escogida y habiendo fortificado completamente la vecina montaña del Schellenberg. Llegaron allí los aliados el 2 de julio de 1704 [puesto ya el sol; y Marlborough que aquel día tenía el mando en jefe dió la orden de ataque, á pesar de ser hora tan adelantada, cabalmente para que el enemigo no pudiera recibir socorro del grueso de sus fuerzas. Salió la empresa perfectamente y la victoria no pudo ser mas completa; al cerrar la noche estaban en poder de los imperiales y sus aliados el Schellenberg y la ciudad de Donauwoerth, habiendo perdido el enemigo además dos terceras partes de sus brillantes tropas, entre muertos y prisioneros. Penetraron en seguida los aliados en Baviera y la devastaron horrorosamente en castigo de la traición de su soberano. Por tanto, ya no pudo pensar Maximiliano Manuel en atacar los Estados del Austria cuando apenas podía salvar los suyos propios. Con este objeto á instancias de su esposa y de sus servidores mas fieles entró en comunicación directa con la corte de Viena solicitando abrir negociaciones. Luis XIV, para no perder tan buen aliado, le prometió toda la Bélgica, una gran parte del electorado palatino, y las ciudades libres de la Suabia meridional. Estaba vacilando el elector no sabiendo qué hacer, cuando le dijeron que Tallard había pasado el Rin y la Selva Negra con 30,000 hombres de tropas frescas y que se aproximaba á marchas forzadas para prestarle auxilio. No necesitó mas; rompió las negociaciones entabladas con el emperador, y abandonando por lo pronto sus propios Estados al furor del enemigo, emprendió la marcha en dirección del Oeste y se reunió en Augsburgo con Tallard. Eugenio había previsto este movimiento, y dejando una débil guarnición en las trincheras de Buehl acudió con sus mejores tropas á reunirse cerca de Donauwoerth con Marlborough y el margrave de Baden, porque era evidente que allí había de decidirse la campaña, á juzgar por la reunión de tantas fuerzas; y porque Marlborough solo alcanzando una señaladísima victoria podía justificar ante su gobierno y el de Holanda su atrevida escapatoria con todo su ejército al sur de Alemania.

Si regresaba sin haber alcanzado una ventaja trascendental, quedaban reducidas las operaciones militares para un tiempo indefinido al ataque y defensa de unas cuantas plazas fuertes fronterizas y secundarias, ó quizás se disolvería la coalición por completo. Estas reflexiones, sin embargo, no convencieron al viejo margrave Luis de Baden, para el cual el arte de la guerra consistía en astutas maniobras, marchas, contramarchas y tomas de plazas fuertes; todo lo demás era, segun decía echando una mirada maliciosa de reojo al príncipe Eugenio, hacer la guerra «á lo húsar.» Hubo pues que contentarle confiándole la empresa del sitio de Ingolstadt, bien que con el sacrificio de un escogido cuerpo de ejército de 20,000 hombres que fué preciso darle, mermando con esto sensiblemente las fuerzas restantes. Con esto, sin embargo, Marlborough y Eugenio quedaron dueños de operar á su gusto. Arreglada esta dificultad, marcharon en busca del enemigo al cual encontraron ocupando fuertes posiciones cerca de Höchstädt, donde el año anterior había alcanzado tan brillante victoria sobre las tropas aliadas. El ala derecha mandada por Tallard se apo

yaba sobre el Danubio cerca de la aldea de Blindheim ocupada por grandes masas de infantería. A la izquierda de la aldea de Oberglanheim estaba el ala derecha, compuesta de la infantería bávara del elector y de la francesa de Marsin, que se apoyaba en las alturas cubiertas de monte intransitable. El vasto espacio entre las dos aldeas de Blindheim y Oberglanheim estaba ocupado por la caballería con algunos batallones de infantería a su espalda por vía de reserva. Todo el frente de batalla de los franco-bávaros ocupaba una longitud de hora y media teniendo delante el valle pantanoso y casi intransitable del riachuelo Nebelbach, cuyo paso defendían las baterías francesas. El total de las tropas llegaba a unos 55,000 hombres, contra los 52,000 de Eugenio y Marlborough, que tenían la gran desventaja de haber de atacar de frente, en la imposibilidad de efectuar por ninguna de las dos alas ningún movimiento de flanco. Generosamente púsose el príncipe Eugenio a las órdenes de Marlborough, cuya superioridad reconocía, y encargóse además de la difícilísima operación de atacar el ala derecha donde se hallaba la flor de la infantería francesa y bávara y donde dificultaban el ataque las estribaciones de la sierra con gran número de arroyos.

El 13 de agosto de 1704 se dió esta batalla memorable y sangrienta. Durante largas horas quedó la lucha indecisa. La caballería de Marlborough repitió inútilmente sus cargas, atravesando el valle pantanoso y el arroyo, contra las dilatadas líneas de la caballería francesa, mientras se sacrificaba su infantería renovando impertérrita sus heroicos ataques a la bien fortificada aldea de Blindheim. Entre tanto la caballería del príncipe Eugenio era rechazada y aun llegó a desbandarse; pero su excelente infantería prusiana y dinamarquesa se adelantó al fin a paso de carga a lo largo del bosque y pudo tomar una posición firme en el flanco del ala izquierda del enemigo. Tan bien se portaron estas tropas, que cuando se tuvo noticia de la batalla en Versalles, la duquesa de Orleans escribió en una de sus cartas: «Aquí alaban de una manera nunca vista a los brandeburgueses, que según se dice, han dado mas pruebas de serenidad y conservado el orden mejor que otras tropas, peleando con grandísimo valor.»

Entretanto había notado Marlborough la falta cometida por Tallard de haber aglomerado toda su infantería en Blindheim, y al momento mandó observar esta aldea mientras se ocupaba en cansar a la caballería enemiga del centro con incansantes embestidas de su infantería. Viéndola finalmente bastante cansada ordenó una terrible carga con la suya a la cual la enemiga no supo resistir por estar ya muy mermada y en desorden, y después de arremolinarse en indescriptible confusión, huyó a la desbandada. Al instante los batallones de reserva situados detrás por Tallard se vieron cercados y acuchillados ó hechos prisioneros, hallándose entre estos últimos el mismo Tallard. El centro de la gran línea de batalla había desaparecido, y con gran trabajo pudieron recoger el elector de Baviera y Marsin su ala izquierda para retirarse como se retiraron a toda prisa. Quedó de esta manera el ala derecha, Blindheim, con sus 26 batallones, á merced de los aliados, los cuales formando un semicírculo al rededor fueron estrechándolo sucesivamente, mientras por el lado opuesto cerraba el paso el Danubio; de suerte que todas las tentativas que hicieron los franceses para abrirse una salida, fueron rechazadas, mientras toda la artillería de los aliados vomitaba fuego sobre la aldea que pronto ardió por todas partes. El resto de las tropas, 9,000 hombres que todavía se sostenían firmes, tuvo que rendirse. Eran justamente los regimientos franceses mas antiguos.

La victoria costó á los aliados 12,000 bajas; pero las

pérdidas del enemigo fueron enormes; 15,000 franceses y bávaros cayeron muertos ó heridos, 13,000 quedaron prisioneros, y hubo además unos 12,000 dispersos ó desertores, de los cuales muchos se alistaron en las filas de los aliados, los cuales se apoderaron de 141 piezas de artillería. El ejército franco-bávaro había cesado de existir.

Esta segunda batalla de Höchstädt fué la que mas influyó en la marcha posterior de esta gran lucha. Por de pronto modificó toda la situación. Las huestes francesas tenidas hasta entonces por invencibles habían experimentado una derrota completa; y una capitulación como la de Blindheim no se había visto desde siglos. El Austria se había salvado del peligro mas apremiante y tenía abierto delante de sí un porvenir glorioso; en lugar del temor de ver entrar las huestes francesas en sus Estados hereditarios, podía á la sazón invadir la Baviera indefensa. Los insurgentes de Hungría ya no tenían esperanza de reunirse con el ejército del elector de Baviera y con esto quedaban todos sus orgullosos planes reducidos á la nada. Podían ir molestando todavía al emperador, pero peligrosos ya no eran. Víctor Amadeo, que empezaba ya á desmayar, se reanimó, y todos los gabinetes, ejércitos y pueblos de la grande alianza recobraron la confianza perdida y rebosaron de entusiasmo y actividad. Sobre todo fué grande el entusiasmo en Inglaterra, que desde la gran victoria de Azincourt, tres siglos hacia, no había celebrado un triunfo semejante, que aseguró para mucho tiempo al partido de la guerra la preponderancia en el país y en el parlamento. Esta victoria fué un nuevo lazo de unión mas íntima entre los coligados, porque si las derrotas aflojan las alianzas, las victorias las estrechan. Marlborough se había elevado de repente á la altura de los capitanes mas grandes de todos los siglos; el emperador le nombró príncipe del imperio alemán y le dió el principado de Mindelheim en Suabia que se quitó al elector de Baviera.

En Francia causó no menos efecto; la terrible derrota dejó á todos, tanto mas aturridos cuanto que nadie había dudado de que los aliados ni siquiera se atreverían á hacer frente á las fuerzas reunidas de Marsin, Tallard y Maximiliano Manuel. La señora de Maintenon dijo en una de sus cartas escrita dos semanas después del suceso: «Un vértigo se ha apoderado de todas las cabezas.» El mismo Luis XIV perdió su serena y régia calma sufriendo accesos de verdadera furia; no podía apartar de su imaginación el desastre de Blindheim sobre todo, y sin cesar hablaba del eterno baldon que infligía este suceso á las armas francesas. El mismo aconsejó al elector de Baviera que entablara negociaciones con el emperador; mas para esto ya era tarde. En toda la Francia no se oían mas que lamentos por los parientes muertos ó extraviados.

Los aliados no aprovecharon esta victoria como habrían podido hacerlo. Según el método lento y metódico de aquella época, dejaron que los franceses se retiraran sin ser perseguidos, á la orilla izquierda del Rhin; sin embargo en la retirada perdieron batallones enteros que se desbandaron, ya por estar rendidos de fatiga los soldados con la marcha al través de la Selva Negra, ya por los ataques de las bandas armadas de los paisanos de Suabia.

El margrave Luis de Baden no supo sacar otra ventaja de tan grande victoria, que la de poner sitio á la fortaleza de Landau; pero Marlborough viendo que á los dos meses no habían logrado los aliados ninguna otra ventaja, perdió la paciencia, y haciendo una rapidísima diversion conquistó las dos fortalezas á orillas del Mosela: Tréveris y Trarbach, y finalmente pudieron apoderarse los imperiales por segunda vez también de Landau.

A todo esto, el margrave Luis de Baden no había podido

tomar aun la plaza de Ingolstadt y seguía sitiándola, mientras que algunas otras fortalezas bávaras se iban también sosteniendo. Los empleados del emperador exasperaban al resto de la población con las exacciones y latrocinios mas escandalosos, hasta que la esposa del elector, en la ausencia de este que había vuelto á su gobierno de Bruselas, propuso al emperador, á fin de no ver tratados como país conquistado los Estados bávaros, administrarlos hasta ver lo que se decidía al acabar la guerra, reservándose para ella, por ser su residencia, el distrito de Munich con la capital. Firmóse el convenio en el pueblo de Ilbesheim en el mes de noviembre, tomó posesión del país la administración imperial, y los soldados bávaros que formaban las guarniciones, donde las había, fueron incorporados en los regimientos austriacos según costumbre general de aquellos tiempos.

En Hungría también alcanzó el gobierno imperial una victoria. Mandaba allí las tropas del emperador el feld-marsiscal conde Sigeberto de Heister, militar excelente pero duro y cruel. Este destruyó completamente un cuerpo de insurgentes cerca de Tyrnau. El príncipe Eugenio deseaba y aconsejaba que el gobierno aprovechara esta victoria para entrar en negociaciones sinceras y provechosas con los magyares; pero Heister hizo todo lo que pudo para exasperarlos con su tratamiento bárbaro y su desprecio insolente, empujándolos así á engrosar continuamente las filas de los sublevados armados, mientras que por otro lado atropellaba y destruía sus propios y contados soldados con un servicio superior á sus fuerzas. A un gobierno tan torpe no aprovechaban las victorias, y al concluir el año 1704 se hallaba la causa imperial en Hungría en un estado peor que nunca. Lo mismo sucedía en Transilvania, donde el feld-marsiscal Rabutin con pocos miles de hombres no encontraba medio de sostenerse contra el torrente revolucionario cada día mas impetuoso. Parecía que estaba destinada el Austria á perder por un lado lo que ganaba por otro; apenas había ocupado la Baviera, cuando estaba á punto de perder sus Estados orientales, recién limpiados de los turcos.

Mejor resultado obtuvo Luis XIV en su lucha con los insurgentes encamisados, reemplazando al principio del año al incapaz Montrebel con Villars, que por sus diferencias con el elector Maximiliano Manuel había quedado á disposición del gobierno. El primero con su grande ejército había sido derrotado constantemente sin obtener ventaja alguna, habiendo en cambio entregado á la miseria y á la desesperación mas de 20,000 personas, porque á fin de aislar á los montañeses en el interior de los montes había mandado devastar nada menos que una faja de 30 leguas cuadradas, y quemar 466 aldeas situadas en la proximidad de la sierra. Villars suspendió desde luego las ejecuciones y matanzas en masa, y prometió á los que se sometiesen la libre elección entre vivir pacíficamente sin ser molestados, pero vigilados por el gobierno, y la emigración sin impedimento. Al propio tiempo modificó las operaciones militares abandonando el sistema de grandes acciones y ataques por el de muchas columnas volantes que recorrían el país en todas direcciones, dejando en los puntos importantes pequeñas guarniciones que eran luego otras tantas etapas y centros de irradiación. Unas y otras medidas dieron excelente resultado. Los insurgentes, perseguidos sin descanso, por todos lados y no teniendo seguridad en ninguna parte, no podían ya reunirse en grupos algo numerosos; y rendidos de fatigas de toda clase, cansáronse en gran parte de la guerra, contribuyendo no poco á aumentar sus deseos de paz la blandura y templanza del mariscal encargado de reducirlos á la obediencia ó de exterminarlos. Cavalier mismo, el jefe de los encamisados, firmó en mayo de 1704 un convenio con Villars en el

cual éste concedió á falta de libertad de conciencia, á lo cual no llegaban sus facultades, por lo menos una amnistía completa por todo lo que se refería á la sublevación. Cavalier entró de coronel al servicio del rey, para el cual prometió formar un regimiento de correligionarios suyos. No aprobó este convenio la parte mas fanática de los encamisados; pero como era la menos numerosa, no podía continuar la lucha sola por mucho tiempo. Derrotada en muchos encuentros, odiada en todo el país por sus actos feroces, quedó casi completamente exterminada al finar el año 1704. El resto se sometió.

Este episodio horroroso patentizó hasta la evidencia que los emigrados hugonotes de entonces no eran ya de la madera de los de Coligny, porque de todos ellos que tan bien recibidos y acomodados vivían en los diferentes países á donde habían emigrado, apenas se movió uno para poner su brazo á disposición de su religión y de sus infortunados correligionarios de las Cevenas.

A principios del año 1705 hubo todavía un chispazo de rebelión, provocado por Berwick, hijo ilegítimo de Jacobo II, hombre de brillantes dotes, pero de carácter cínicamente vil, infame y protervo. Maltratado tanto á los recién sometidos, y conculcó de tal modo las estipulaciones solemnes, prohibiendo la emigración, que provocó un nuevo levantamiento que contó con el auxilio de los aliados, aunque en vano. Los sublevados faltos de socorro fueron esta vez sometidos definitivamente y para siempre. En abril de 1705 murieron los últimos defensores de esta causa en la hoguera encendida para ellos en Nimes. Toda la vasta comarca de las Cevenas quedó asolada y despoblada. Como en otras partes, fueron el silencio y la muerte los trofeos con que podía engalanarse la intolerancia fanática de Luis XIV y del clero francés, que si finalmente fué vencido y reducido á la esclavitud por la curia romana, lo había merecido perfectamente.

Cavalier no se encontraba bien; el remordimiento de haber abandonado á sus correligionarios, de vivir en cierta opulencia mientras ellos morían, y de servir á un soberano que perseguía á sus hermanos infortunados del Mediodía como piezas de caza hasta la muerte, no le dejó reposo; y finalmente, con la compañía de encamisados que le habían permanecido fieles se pasó al servicio de los aliados y al inmediato del duque de Saboya para luchar bajo sus banderas al lado de los valdenses de los Alpes Marítimos contra los sanguinarios enemigos del espíritu protestante. De este modo borró la mancha de su egoísta conducta del mes de mayo de 1704.

Cuando Luis XIV se convenció de que la derrota formidable de Höchstädt no le había acarreado mas pérdidas (la vida de los soldados y súbditos no se contaba) que la de tres plazas fuertes, no cupo en sí de alegría, y con redoblado afán trabajó en llenar los claros del ejército para hacer al año próximo frente al enemigo y acaso recuperar lo perdido. Repuso su caballería y completó los batallones incorporando en las filas contra toda ley las milicias urbanas y provinciales, instruidas ya desde algunos años en los ejercicios; y pronto estuvieron otra vez en brillante estado de campaña los cinco ejércitos que operaban respectivamente en Flandes, á orillas del Mosela y del Rhin, en Italia y España. Los mismos enemigos de Francia se veían obligados á admirar á este país, que con insignificantes interrupciones sostenía desde cuarenta años guerras enormes, y se erguía todavía lleno de vigor y de brio, después de haber sufrido el año anterior tan grandes pérdidas.

En 5 de mayo de 1705 murió el emperador Leopoldo I, el constante adversario de Luis XIV, y que con corta diferencia había empezado á gobernar al mismo tiempo. Luis XIV

le odiaba mas que nadie, no solo por motivos políticos, sino mas todavia por antipatia y diferencia completa de carácter. El poder de Leopoldo ni de lejos podia compararse con el del rey de Francia, excepto cuando murió, y aun entonces era inferior no solo intelectual sino materialmente al de la Francia.

La muerte de este emperador fué un suceso feliz para su monarquía. A su incapacidad notoria habia agregado la vejez la obstinacion terca y ciega; por esto habian sido vanos todos los esfuerzos del principe Eugenio para lograr un cambio en el mando y gobierno superior de Hungría; para que se siguiera ó bien el sistema de conciliacion pacífica por medio de prudentes concesiones, ó el de la intransigencia pero apoyada por un aparato de fuerza superior tal que obligase á los magyares á someterse definitivamente. La revolucion húngara habia ido constantemente en aumento, como no podia menos de suceder con un gobierno tan puerilmente incapaz que ora trataba duramente é insultaba á los revolucionarios y á toda la nacion del modo mas humillante, sin sostener la autoridad con una fuerza armada respetable, ora entraba en negociaciones con ellos con la intencion de no ceder, ni cumplir ni llegar á nada formal. En los últimos tiempos el principe Eugenio habia obtenido poderes mas vastos debidos á la fuerza de las circunstancias que habian llevado la monarquía al borde de su ruina, y gracias á esto habia podido mejorar ya algo la administracion interior del conjunto de los Estados austriacos; pero no podian verse todavia grandes resultados ni los habia dejado madurar el mismo Leopoldo si hubiera vivido; y así continuaba prevaleciendo en Europa respecto del Austria la misma opinion lastimosa que antes. Esto que siempre habia dañado en todas las guerras anteriores de coalicion á la causa comun, dañaba mas todavía á la del Austria, cuyos aliados principales, las potencias marítimas, miraban á los Habsburgos alemanes con desprecio excesivo; no hacian ningun caso de ellos ni esperaban jamás de ellos nada bueno.

En el interior de los Estados austriacos no se veian en aquella época tan claras las cosas como desde fuera; pero no obstante desde mucho tiempo todos los buenos austriacos habian fijado sus miradas y esperanzas en el principe heredero que segun la costumbre llevaba el título de rey de Romanos, José I. Habia nacido en 1677 y estaba de consiguiente á la muerte de su padre en la flor de su edad; era persona viva, alegre, generosa, sin el rasgo melancólico que caracterizó á sus ascendientes, por lo cual se distinguia ventajosamente de su padre y hermano en cuanto á viveza, valor, celo, actividad y genio despejado. Seguia en todo un objeto fijo y un plan, desplegando mas energía y firmeza de voluntad que sentimientos bondadosos. Para cuando le llegare el turno de reinar se habia propuesto introducir grandes reformas en el gobierno interior y la continuacion de la guerra en el exterior. Era un poco mas liberal y estaba menos dominado por preocupaciones rancias que su padre, excepto en punto á la nobleza á la cual favorecia demasiado. En todos los ramos del saber de entonces estaba bien impuesto, y con esta ilustracion odiaba la mojigatería fanática y santurrón, sobre todo desde que vió la hostilidad que el partido mojigato y ultramontano, el Papa y los jesuitas, mostraban en todas partes y terrenos á la causa de los aliados, y que se manifestaba tambien en los actos del clero húngaro y transilvano. Finalmente tuvo bastante discernimiento para dejar la debida influencia al principe Eugenio en la parte mas esencial de la direccion del ejército y de la política austriaca. En resumen, el cambio de gobierno que se inauguró en Austria con la subida al trono de José I fué favorabilísimo al partido de la guerra y á la grande alianza.

Lo que mas urgía era mejorar la situacion en Italia, so pena de perder la alianza del duque de Saboya y los intereses involucrados en la posesion de aquel país.

En los últimos meses del año 1703 habianse apoderado los franceses sin gran esfuerzo de la Saboya propiamente dicha, el antiguo Estado hereditario de los duques de este nombre, porque allí habian sido en todo tiempo muy grandes las simpatías en favor de la vecina Francia, ya por la lengua que venia á ser la misma, ya por la envidia y afan de la nobleza que deseaba participar del lustre de Versailles, ya por la propaganda del clero. En la primavera de 1704 apenas reunian el duque y el general Starhemberg 30,000 soldados entre piamonteses y austriacos, mientras Vandoma atacaba al Piamonte con 40,000 hombres desde Levante, y mientras desde Poniente, por el lado de los Alpes, se acercaba un número casi igual de franceses por fortuna mandados por el duque de La Feuillade, militar tan incapaz y altanero como desnudo de sentimientos y de entrañas, en fin un favorito de la corte como Villeroy. El duque de Saboya estaba, pues, entre dos fuerzas, cada una de por sí muy superior al total de las suyas; amén de otro ejército mandado por el hermano del duque de Vandoma, el gran prior, que vigilaba y detenía la pequeña division austriaca apostada en el Tirol meridional. Quiso la buena suerte del duque de Saboya que los franceses no aprovecharan su inmensa superioridad como debian y como era natural, para abalanzarse sobre la capital Turin, en lugar de entretenerse en sitiar y tomar algunas pequeñas plazas sueltas, las cuales se resistieron todo lo que pudieron causando á los franceses grandísimas pérdidas en tiempo, hombres y material. Esto sucedió principalmente con el pequeño castillo de Verrua, defendido heroicamente durante seis meses por el valiente brigadier imperial Fresen y por la poblacion armada hasta abril de 1705, fecha en que se rindieron, despues de haber ocasionado á los franceses 25,000 bajas entre muertos, heridos y enfermos, es decir, mas que les habria costado la pérdida de una gran batalla campal. Otra cosa habria sido si se hubiese seguido el consejo de Vandoma, pero la culpa la tuvieron por un lado el arrogante La Feuillade que no quiso someterse á las órdenes de aquél, y por otro las instrucciones demasiado prudentes de Versailles. En fin la resistencia de Verrua dió tiempo para disponer y enviar un ejército aliado que llevara al duque de Saboya el tan deseado socorro por la via del Tirol, con lo cual podia darse por apartado el peligro mayor para él y para la causa de la gran alianza en la Italia septentrional.

El salvador fué en el fondo Marlborough que de acuerdo con el principe Eugenio habia ido en el invierno del mismo año 1705 á Berlin, donde gracias al dinero de Inglaterra y de Holanda, pudo inducir al rey de Prusia á enviar á Italia 8,000 de sus valientes y bien disciplinados soldados á las órdenes del duque Leopoldo de Anhalt. A este contingente se agregaron en el camino tropas imperiales de refresco y los regimientos debilísimos é incompletos que desde mucho tiempo estaban en el Tirol. Lo mas importante, sin embargo, fué que se dió el mando en jefe al principe Eugenio, que no ocultaba á nadie que su idea era socorrer á su pariente el duque de Saboya, y librar á la patria de sus mayores, del yugo francés. Hábil y astuto como era, supo engañar al gran prior, penetrar en las llanuras de Italia á pesar de su vigilancia y hacerlo retroceder con sus bien calculados movimientos hasta al otro lado del Oglio, en lo cual perdieron los franceses hasta 4,000 hombres, sin contar la ventaja mucho mayor de que con esto se obligó al mismo Vandoma á acudir con 10,000 hombres de refuerzo al auxilio de su hermano, librando así á Victor Amadeo de tan temible contrario y mermando de paso el número de soldados que le



José I, emperador de Austria